

—¡Oh! De antemano sabía lo que me ibas a responder —exclamó Felipe.— Y dime, ¿por qué es imposible en la actualidad? Dios me da paciencia para escucharte, y te escucho...

—Pero, ¿cómo quieres que yo, confidente y amigo del duque Alejandro, me case con la hija del hombre que desde hace tres años conspira abiertamente contra él; que desde que ocupa el trono, es decir, desde hace próximamente seis años, ha intentado dos veces hacerlo asesinar, y que, desterrado de Florencia y puesta a precio su cabeza, vuelve esta noche a ella para intentar probablemente alguna locura del mismo género? Porque yo llamo locura a toda tentativa de conspiración que aborta; triunfa, y entonces daré el nombre de sabiduría a lo que llamo ahora locura. ¡Casarme yo con tu hija! ¡Casarme con Luisa Strozzi!... ¡Necesitaría estar loco!

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó Felipe,— ¿qué me tienes reservado?... Sin embargo, lo tendré todo presente. —Y dirigiéndose al joven, añadió:— No hace mucho que has invocado mi memoria, y ya has visto que me ha sido fiel; deja que a mi vez invoque la tuya.

—Te advierto que muchas cosas las he olvidado, Strozzi.

—Sin embargo, debes acordarte de algunas, como, por ejemplo, de los consejos que te daba tu padre cuando eras adolescente, y de las promesas que, siendo joven, hiciste a tu patria.

—Continúa, luego te contestaré.

—Lorenzo —siguió diciendo el anciano,— ¿es posible que hayas cambiado hasta el extremo de que no quede en tí nada de lo que fuiste? ¿Que lo presente haya disipado tan pronto las promesas de lo pasado? ¿Es posible que el admirador de Savonarola se haya convertido en tercero y en adúlador de un Médicis... bastardo?

—Continúa, continúa —repitió el joven;— tomo nota de todas tus palabras para responder a ellas.

—¿Es posible —prosiguió Strozzi,— que quien a los diez y nueve años compuso la tragedia *Bruto*, cinco años más tarde desempeñe el papel de Narciso en la corte de Nerón?...

—O de Otón.

—No, eso no es posible, ¿verdad?

—Si que lo es —contestó con amargura el joven.—  
—Todo lo que has dicho es cierto... Mas ya que desenterramos lo pasado, deja que a mi vez me explique... ¿Quién ha oprimido a Florencia? Clemente VII. ¿Quién por dos veces se os ha ofrecido para asesinar a Clemente VII, pese a ser papa y a llamarse mi protector? Yo... ¿Quién no ha querido escucharme, diciéndome: «Mata, pero te dejamos toda la responsabilidad del crimen?» Vosotros... Cuando Florencia se rindió después de ser sitiada; cuando todos convinieron en que sólo un Médicis podía imperar en ella, ¿quién os dijo: «Yo soy hijo de Pedro Francisco de Médicis, dos veces sobrino de Lorenzo, hermano de Cosme, hijo de María Sodarini, mujer de sabiduría y prudencia ejemplares, y os juro por mi honor que la república será restablecida?» ¡Yo!... Y por quien soy que la habría restablecido. Pero no... Vosotros preferisteis el hijo de una morisca, un bastardo de la rama primogénita; y digo de la rama primogénita porque ni vosotros, ni su misma madre, sabéis de quién es hijo Alejandro, si de Lorenzo de Urbino, de Clemente VII o de un muletero. Fué preferido por vosotros, vosotros lo elegisteis, le hicisteis la corte, tú el primero, Strozzi, abandonándome a mí que nada teníais que echarme en rostro.

Lorenzo miró un momento a Felipe, y después continuó:

—Como yo era endeble y afeminado, me llamasteis, unos, Lorencito, y otros, Lorenzuelo; hicisteis correr la voz de que yo había tenido torpes complacencias con Clemente VII, y no pudiendo decir más de mí, me calumniasteis. Para que vosotros os separaseis del duque Alejandro, fué preciso que el primer gonfaloniero, Carducci, que Bernardo Castiglione y otros cuatro magistrados, muriesen decapitados; que el segundo gonfaloniero, Rafael Girolami, fuese encerrado en la ciudadela de Pisa, donde pereció envenenado; que el predicador Benito de Forano fuese entregado a Clemente VII, que lo sepultó en el castillo de Sant'Angelo, donde el hambre acabó con él; que el hermano Zacarías, que, bajo el disfraz de campesino, lograra evadirse, muriese en Perugia no se sabe cómo, pero después de haberse postrado de hinojos a los pies del papa. Ha sido preciso que ciento cincuenta de los más dignos e ilustres hijos de Florencia saliesen desterrados de la ciu-

dad; que se encargase a doce ciudadanos, y tú entre ellos, la reorganización del Estado de Florencia, pues ya nadie se acordaba de la república de Florencia... Fué también preciso que la junta de los Doce diese al traste con el gonfaloniero de justicia y con la *Señoría*, y prohibiese restablecer en lo sucesivo la magistratura que por espacio de doscientos cincuenta años había administrado con tanta gloria. Asimismo fué preciso que el nuevo duque se rodease de soldados extranjeros y nombrase a un extranjero también, Alejandro Vitelli, jefe de aquéllos, y al traidor Guicciardini gobernador de Bolonia. Del mismo modo ha sido menester que el duque, de acuerdo con el papa, envenenara en Itri al cardenal Hipólito de Médicis, su hermano mayor; que se casase con la hija de Carlos V, Margarita de Austria, y que, no obstante este matrimonio, continuara en sus escándalos y deshonorara los conventos más santos y las familias más nobles de Florencia... Entonces, cuando vi que únicamente se prosperaba por el camino de la bajeza, de la lisonja y de la corrupción; cuando vi que todo espíritu recto, todo corazón noble era olvidado o menospreciado, regresé a Florencia y me hice cortesano, esclavo, amigo y compañero de orgía del duque Alejandro; y si no he logrado ser el primero en gloria, me he convertido en el segundo en oprobio... ¿No calculé bien?

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo! ¿Será cierto lo que algunos dicen en voz baja?—exclamó Strozzi asiendo al joven por un brazo y esforzándose en leer en sus ojos a pesar de la obscuridad.

—¿Qué dicen *algunos*?—preguntó Lorenzo.

—Dicen que, como el primer Bruto, te finges tonto, pero que, como él, cada noche besas la tierra, nuestra madre común, pidiendo a tu patria que te perdone la apariencia en gracia a la realidad... Pues bien, Lorenzo; si así es, la hora de arrojar la máscara, de trocar los atributos del bufón por el puñal del republicano, ha llegado. Aun hay corona para Harmodio y palmas para Aristogitón... Pero el tiempo apremia: si quieres tomar parte en la grandiosa obra que se está preparando, date prisa, pues pasado mañana, quizá mañana mismo, sería demasiado tarde. Para ser nuevamente Lorenzo, te queda mucho que hacer... Pues bien, yo asumo toda la responsabilidad de tu pasado, y lo convierto en aureola para lo venidero; te

abro nuestras filas, te dejo el sitio que ocupó. Somos trescientos que hemos jurado libertar a Florencia o morir en la demanda; ponte a nuestra cabeza, sé nuestro jefe, guíanos, y yo seré el primero en dar a los demás el ejemplo de la obediencia.

—¿Sabes que se te ha ocurrido una idea maravillosa, Strozzi?—exclamó Lorenzo prorrumpiendo en una ruidosa carcajada.—¿Es a mí, rey de la fiesta, príncipe de los días alegres y de las noches de locura, a quien vienes a proponer la jefatura de una conspiración sombría, tramada en las tinieblas a semejanza de la de Catilina, con juramentos mutuos hechos sobre un puñal, y sangre bebida en una misma copa?... ¡Bah!... Cuando esté bastante loco para meterme en una conspiración, lo haré de una manera menos triste y formal, haré lo que Fiesco, por ejemplo, exceptuando la coraza, para no ahogarme si caigo en el agua. Además, ¡como los que se exponen por tu magnífica república florentina son tan bien recompensados! ¡Como es una madre tan cariñosa para sus hijos, una amante tan fiel a sus amadores!... Rival de Atenas, de todo se ha sentido celosa, aun de la ingratitud de su modelo para con sus más ilustres ciudadanos. Contemos los que su Báratro se ha tragado, sin que, como el golfo de Decio, se cerrase sobre su abnegación... En primer lugar los Pazzi, que previendo lo futuro, quisieron cortar el mal en su raíz, y a quienes dejasteis vosotros que los ahorcaran del balcón del Palacio Antiguo... Savonarola, el Licurgo cristiano, que se empeñó en daros una república comparada con la que Platón había soñado, era una escuela de escándalo y de corrupción, y al que dejasteis quemar en la plaza del palacio de la *Señoría*; y, finalmente, Dante de Castiglione, romano del tiempo de los Gracos, extraviado en medio de nuestra edad moderna, el cual fué envenenado en Itri con consentimiento vuestro... Soga, pira, veneno, he ahí lo que Florencia, vuestra magnífica Florencia reserva a los que por ella se sacrifican... Gracias... No, Felipe, lo mejor es no conspirar, créeme; pero de hacerlo, es preciso que lo hagas solo, sin que lo sepa ni siquiera tu gorro de dormir, sin que tu mano izquierda se entere; conspira sin auxilio de amigo alguno, sin confidentes; únicamente de este modo, si no sueñas en voz alta, tendrás algunas probabilidades de conseguir lo que te propusieres. ¡Dices

que te substituya, que sea vuestro jefe, que coseche para mí solo la honra de la empresa!... ¿Quieres que te diga, insensato, de qué modo terminará tu conspiración? Antes de veinticuatro horas estaréis todos en la cárcel. Acabáis de entrar en Florencia, apenas hace dos horas que habéis atravesado sus puertas, y ya uno de los vuestros está muerto, y otro herido, y han circulado las órdenes para que se os prenda a todos. Créeme, Felipe; sigue un buen consejo... un loco a veces acierta a darlos: vuelve sobre tus pasos, sal por la puerta que te ha dado entrada, enciértrate en tu fortaleza de Monteregione, baja los rastrillos, alza los puentes levadizos, y espera...

—¿Y qué quieres que espere?

—¡Qué sé yo!... Tal vez un día, una tarde, una noche, cuando menos lo esperes, oigas estas palabras libertadoras: «¡El duque Alejandro ha muerto!»

—Estoy de desgracia—exclamó Strozzi.—Contaba pedirte tres cosas, de las cuales ya me has negado dos; sin embargo, confío en que me concederás la tercera.

—Si es más cuerda que las dos primeras, de todo corazón.

—La última que te pido—dijo Strozzi desenvainando su acero,—es que sin demora me des satisfacción de tus ofensas, de tu negativa y de tus consejos.

—Lo que es ahora, pobre amigo mío, estás loco de remate—exclamó el joven.—¿Es a mí, a Lorencito, a quien propones un duelo? ¿Acaso me bato yo? ¿No es cosa convenida, declarada y reconocida que no tengo fuerza para levantar una espada y que al ver una gota de sangre me desmayo? ¿Ignoras, acaso, que soy muy cobarde? Creía que era más conocido desde que Florencia pregona mi panegírico a toda Italia y ésta al mundo entero... Gracias, Strozzi; has titubeado entre Florencia y yo, y únicamente tú podías concederme semejante honor.

—Tienes razón—exclamó el anciano,—eres un infame, un cobarde, y eres indigno de morir a manos de un hombre como yo... ¡Vete! Ya nada te pido... ¡Vete! y que jamás oiga hablar de ti... ¡Vete! Ya nada espero de ti, únicamente espero en Dios... ¡Vete!

—En hora buena—replicó Lorenzo sonriéndose;—por fin has entrado en razón... Adiós, Strozzi.

—¡Adiós!—dijo Felipe.

El joven se alejó por la calle del Diluvio, y poco después desaparecía en la obscuridad.

Strozzi miró a su alrededor como si buscara a alguien. Miguel, concluida su oración, estaba en pie en la esquina de la calle de la Cloaca.

—¡Miguel! ¡Miguel!—llamó el anciano.

—Aquí estoy, monseñor—respondió Miguel presentándose ante Strozzi.

—¿Ves aquel hombre que se va... allá abajo?

—Sí, monseñor.

—Pues bien, si aquel hombre vive aún mañana por la mañana, por la tarde estaremos perdidos. Está enterado de todo...

—¿Cuál es su nombre?

—Lorencito.

—¡Lorencito!—exclamó Miguel;—¿el favorito del duque? Estad tranquilo, señor, morirá.

—Perfectamente... Vete, y no vuelvas a presentarte ante mí sino para decirme que ha dejado de existir.

Y dichas estas palabras, el anciano indicó a su esbirro que podía marcharse.

Miguel se alejó.

Strozzi, al quedar solo, acercóse apresuradamente y con el acero desenvainado a la casita, e iba a empujar la entreabierta puerta como para entrar; pero cambiando rápidamente de resolución, en vez de empujar la puerta, la cerró, murmurando entre dientes:

—No, esta noche no... mañana; hoy, la mataría.

Y se alejó a su vez, internándose en el dédalo de calles que se cruzan entre la plaza de la Santa Cruz y la de las Damas.

## IV

## EL PALACIO RICCARDI

Ahora, amable lector, suplicote que descendas del globo aerostático a que te he hecho subir, y que, siguiéndome por la calle Ancha, entres conmigo en el palacio de Cosme el Viejo, conocido en la actualidad con el nombre de palacio Riccardi.

Digamos dos palabras acerca del que hizo construir

tan suntuosa morada, y otras dos respecto del gran linaje de los Médicis, dividido en dos ramas, la primogénita y la segunda, las cuales sólo tenían en Florencia tres representantes.

La rama primogénita estaba representada por el duque Alejandro VI, hijo de aquel Julio II de quien Miguel Angel esculpió el busto conocido bajo el nombre de *El Pensativo*, o de Clemente VII, o de un muletero, pues ya hemos dicho que ni su madre misma, cortesana morisca, sabía de quién era hijo Alejandro.

Representaban la segunda rama, Lorencito, que hemos presentado a nuestros lectores en el capítulo anterior, y Cosme, que sucedió luego a Alejandro bajo el nombre de Cosme I, y al que la historia apellida el Tiberio florentino.

Comencemos por Cosme, aunque invirtamos el orden de primogenitura, pues nos será más cómodo acabar por Lorenzo.

Pero hablemos primero del palacio Riccardi y de quien los construyó, es decir, de Cosme *el Viejo* a quien Florencia desterró dos veces y acabó por llamarle *Padre de la patria*.

Cosme era hijo de un Juan de Médicis, acerca del cual Maquiavelo dijo lo siguiente:

«Juan de Médicis fué misericordioso en todo. No sólo hacía limosna a cuantos se la pedían, sino que socorría las necesidades de los que no se la pedían. A sus conciudadanos les quería a todos por un igual, ensalzando a los buenos y compadeciendo a los malos. Jamás solicitó honores, y los tuvo todos; jamás fué a palacio sin que lo llamasen, y a él era llamado para todos los asuntos importantes. Acordábase de los hombres en su desgracia, y les ayudaba a sobrellevar su prosperidad. En medio de la rapiña universal, jamás tomó su parte de los bienes del Estado; y si puso la mano en el tesoro público, fué para aumentarlo. Afable con todos los magistrados, el cielo le dió en elocuencia lo que le negó en sabiduría, y aunque a primera vista parecía melancólico, pronto se echaba de ver que era expansivo y alegre.»

Aquel gran ciudadano, padre de Cosme y de Lorenzo *el Viejo*, fué elegido dos veces *preciso*, una gonfaloniero, otra de los Diez de la guerra, y, además, embajador en las cortes de Ladislao, rey de Hungría, del papa Alejan-

dro V, y en la república de Génova; llevó a feliz terminación cuantas comisiones se le encargaron, y fué tan prudente y leal en el manejo de tan arduos asuntos, que logró ver acrecentado su poder ante los grandes y su popularidad entre los humildes.

Juan de Médicis murió a fines de febrero de 1428, enterrándose su cadáver en la basílica de San Lorenzo, una de las obras maestras de Felipe Brunelleschi, que treinta años más tarde debía inmortalizarse con la cúpula de Florencia.

Tres mil florines de oro costaron a Cosme y Lorenzo los funerales de Juan, cuyo cadáver fué acompañado hasta su última morada por veintiocho parientes y cuantos embajadores se hallaban a la sazón en Florencia.

Ya hemos dicho, y lo repetimos para mayor inteligencia de lo que vamos a relatar, que a partir desde Cosme y Lorenzo, hijos de Juan, se opera en la genealogía de los Médicis la gran división que prepara protectores a las artes y soberanos a Toscana.

La rama primogénita, gloriosa en tiempo de la República, sigue prosperando con Cosme *el Viejo*, y de ella salen Lorenzo *el Magnífico* y el duque Alejandro. La rama segunda se aparta de la primogénita, y gloriosa en la guerra y en el principado, da vida a Juan de las Bandas Negras y a Cosme I.

Cosme *el Viejo* nació en una de esas épocas felices en que en una nación todo tiende a desenvolverse a la vez, y en que al hombre de inteligencia privilegiada le es fácil encontrar la manera de engrandecerse. Con él nació la brillante era de la república florentina; las artes brotaban de todas partes: sus iglesias eran construídas por Brunelleschi, sus estatuas las esculpía Donatello, sus pórticos eran labrados por Orcagna, y sus capillas pintadas por Masaccio; y al paso que las artes, avanzaba la prosperidad pública, convirtiendo la Toscana, situada entre la Lombardía, los Estados Pontificios y la república veneciana, no sólo en la nación más poderosa, sino también en la más feliz de Italia.

Nacido inmensamente rico, Cosme casi duplicó sus riquezas, de modo que sin ser más que ciudadano, adquirió poderoso influjo. Colocado fuera del Gobierno, jamás le atacó, pero tampoco le halagó. Si aquel llevaba buen ca-

mino, limitábase a decir: «Bien», y si se desviaba de la buena senda, decía: «Mal»; aprobación o desaprobación que asumían capital importancia.

De modo que, si Cosme no era aún el jefe del Gobierno, era su censor, que aun es más, por lo que no será difícil comprender la terrible tempestad que contra semejante hombre debía acumularse secretamente. Cosme la veía iniciarse y la oía rugir; pero entregado en cuerpo y alma a la gran labor que ocultaba sus grandes proyectos, ni siquiera volvía los ojos hacia el sitio en que la tormenta se formaba. Al contrario, en medio del mayor sosiego hacía dar la última mano a la capilla de San Lorenzo, que su padre había comenzado, construir la iglesia del convento de Dominicos de San Marcos y el Monasterio de San Frediano, y, finalmente, echar los cimientos del hermoso palacio de la calle Ancha, en el cual nos hallamos. Lo único que Cosme hacía, cuando sus enemigos le amenazaban demasiado abiertamente, era trasladarse a Mugello, cuna de su familia, haciendo construir, para matar sus ocios, los conventos de Bosco y de San Francisco; después regresaba a la ciudad so pretexto de dar una mirada a su capilla del noviciado de los padres de la Santa Cruz y del convento de los Angeles de los Camaldulenses; y cuando era nuevamente amenazado, abandonaba otra vez la ciudad, para ir a apresurar las obras de sus quintas de Careggi, Caffagiolo, Fresoti y Trebbio, fundaba en Jerusalén un hospital para los peregrinos pobres, volviendo a Florencia para ver en qué estado se hallaba su hermoso palacio de la calle Ancha.

La construcción de aquella multitud de edificios que a un tiempo brotaban de la tierra, ocupaba a un considerable número de peones, albañiles y arquitectos, y absorbía quinientos mil escudos, sin que el fastuoso ciudadano pareciese, poco ni mucho, empobrecido con aquel gasto inacabable.

Y es que realmente Cosme estaba más rico que muchos de los reyes de aquel entonces. Había heredado de su padre unos cuatro millones en metálico y ocho o diez millones en papel; y él, haciendo trabajar aquel capital, lo había casi quintuplicado.

En diferentes plazas de Europa, tanto en nombre propio como en el de sus agentes, Cosme tenía diez y seis ca-

sas de Banca en plena actividad, y en Florencia no había quien no le debiese alguna cantidad, pues su bolsa estaba abierta para todos.

Por eso, al llegar para Cosme la hora de la verdadera proscrición, cuando, desterrado por Renato de Albizzi y por diez años a Savona, salió de Florencia con su familia y sus criados en la noche del 3 de octubre de 1433, a la capital de Toscana le pareció que acababan de arrancarle el corazón. A su partida, pareció que el dinero, sangre comercial de los pueblos, se había agotado; todas las inmensas obras por él comenzadas se paralizaron: quintas, palacios, iglesias, apenas salidos de la tierra, medio construídos o no acabados aún, ofrecían el aspecto de otras tantas ruinas que indicaban que por la ciudad había pasado una gran desventura.

Los obreros se reunían pidiendo trabajo ante las paralizadas obras; los grupos presentábanse cada día más numerosos, más hambrientos, más amenazadores; y Cosme, entretanto, fiel a su sistema de conducirlo todo con un hilo de oro, reclamaba a sus deudores, pero suavemente y sin amenazas, como amigo que está necesitado y no como impaciente acreedor, las cantidades que había prestado, diciendo que únicamente el destierro le obligaba a hacer tales peticiones, que, de haberse quedado en Florencia para cuidar de su inmenso negocio, no habría hecho tan pronto tales peticiones.

Cogidos de improviso, la mayoría no pudieron reembolsar, y los que pagaron fué a costa de sacrificios; de modo que, uniéndose los ciudadanos al descontento de los obreros, Cosme fué llamado a los quince meses, gracias a un cambio político que diera el poder a la democracia.

Pero Cosme se hallaba, por su representación social y sus riquezas, demasiado por encima de los que lo elevaban para que, durante bastante tiempo, los mirara no sólo como a iguales, sino ni siquiera como ciudadanos.

Florencia, que siempre se había pertenecido a sí misma, desde el regreso de Cosme iba a convertirse en propiedad de una familia que, tres veces desterrada, debía regresar otras tantas, trayéndole la primera vez cadenas de oro, la segunda de plata y la tercera de hierro.

Cosme entró nuevamente en Florencia en medio de fiestas e iluminaciones, y el día mismo de su entrada, re-

anudó su comercio, sus construcciones y sus agios, dejando a sus secuaces el cuidado de ejecutar sus venganzas.

Los destierros y suplicios fueron tantos y en tal número, sin que, en la apariencia, Cosme tomase parte en ellos, que uno de sus amigos, que adivinara la mano invisible que hacía escribir el ostracismo y mover el hacha, fué a verlo un día para decirle que, de seguir aquella marcha, acabaría por despoblar la ciudad.

El amigo encontró a Cosme sentado frente a su mesa de trabajo, echando un cálculo de cambio. Cosme levantó la cabeza, y sin soltar la pluma contestó a su amigo, sonriéndose ligeramente:

—Prefiero despoblarla a perderla nuevamente.

Dichas estas palabras el inflexible aritmético continuó sus cálculos.

De este modo envejeció Cosme, rico, poderoso y honrado, pero herido en el seno de su familia por la mano de Dios; que de su numerosa prole, sólo le dejó un hijo. Quebrantado, impotente, hacía conducir a las espaciosas salas de su inmenso palacio para contemplar las esculturas, los dorados y los frescos, y moviendo a uno y otro lado la cabeza, decía con amargura:

—¡Ay! Es demasiado grande la casa para una familia tan reducida.

En efecto, el único heredero del apellido, del poder y de las riquezas de Cosme, fué Pedro de Médicis, el cual, colocado entre Cosme *el Padre de la Patria* y Lorenzo *el Magnífico*, obtuvo el sobrenombre de Pedro *el Gotoso*.

El palacio Riccardi, refugio de los sabios griegos expulsados de Constantinopla, cuna del renacimiento de las artes, asiento hoy de la academia de la Crusca, había sido habitado sucesivamente por Pedro *el Gotoso* y Lorenzo *el Magnífico*, que se retiró a él después de la conspiración de los Pazzi, de la que había escapado tan milagrosamente, y lo legó, con su inmensa colección de piedras preciosas, camafeos antiguos, armas riquísimas y manuscritos originales, a otro Pedro que no se llamó *el Gotoso*, sino Pedro *el Cobarde*, Pedro *el Necio*, Pedro *el Fatuo*. Este fué quien abrió las puertas de Florencia a Carlos VIII y le entregó las llaves de Sarzana, Piedra Santa, Pisa, Librafata y Liorna, comprometiéndose, además, a que la república le pagara doscientos mil florines.

En una palabra, de aquel gigantesco tronco habían salido tan robustas ramas, que su savia empezaba a agotarse. En efecto, muerto Lorenzo II, padre de Catalina de Médicis, de la sangre de Cosme *el Viejo* sólo quedó Hipólito, bastardo de Julio II, que fué cardenal y pereció envenenado en Itri; Julio, bastardo de Julián *el Viejo*, a quien los Pazzi asesinaron en la catedral de Santa María de las Flores, y que fué Clemente VII; y por último, Alejandro, bastardo de Clemente VII, o de un muletero, que fué nombrado duque de Toscana, y al que hemos visto ya *actuar*, en una de sus correrías familiares en la plaza de la Santa Cruz.

¿Cómo llegó Alejandro al poder soberano? Vamos a explicarlo ahora.

Al ocupar el solio pontificio, Clemente VII puso los ojos en sus sobrinos Hipólito y Alejandro, y con tanto mayor motivo, cuanto que este último, reconocido ostensiblemente por hijo de Lorenzo II, pasaba por serlo de Clemente VII cuando éste solamente era caballero de Rodas.

Lo primero, pues, que Clemente VII hizo, fué aplicar todo su poder a sostener los restos ilegítimos de la rama primogénita en la elevada jerarquía que siempre habían ocupado los Médicis en Florencia.

Desgraciadamente había formado Clemente VII una alianza con Francia, la cual fué causa del saqueo de Roma por los españoles conducidos por el condestable de Borbón, y del apriamiento del papa. Pero Clemente VII, que era hombre que sabía salir bien de todos los apuros, vendió siete capelos, dió en rehenes cinco cardenales, y finalmente, obtuvo el dinero necesario para su rescate.

Mediante estas garantías, concedieron un poco más de libertad a Clemente VII, de la cual se aprovechó para huir de Roma disfrazado de lacayo y trasladarse a Orvieto.

Ahora bien, los florentinos, que por tercera vez habían expulsado a los Médicis, creyeron que podían dormir tranquilos al ver triunfante a Carlos V y fugitivo al soberano pontífice; pero el interés puede unir lo por él dividido. Carlos V, proclamado emperador en 1519, no había sido todavía coronado por el papa, solemnidad que, en el momento del cisma de Lutero, Zuinglio y Enrique VIII, era

de suma importancia para los proyectos de Su Majestad Católica. Convinieron, pues, la corona y la tiara, que Clemente VII consagrara al emperador, pero que el emperador se apoderara de Florencia, para luego darla al bastardo Alejandro, a quien casaría con su hija bastarda, Margarita de Austria. Respecto de los intereses de seis millones de hombres, nada se habló; porque, ¿qué significa el bienestar de un pueblo ante el bastardo de un papa y la bastarda de un emperador?

El pacto fué cumplido. Carlos V se apoderó de Florencia, en la que entronizó al duque Alejandro, casándolo después con su hija el 28 de febrero de 1535.

Ya hemos visto cómo imperaba sobre Florencia, hacía cinco años, el duque Alejandro. Lo único que había, era que Clemente VII hacía dos que había fallecido.

Al mismo tiempo que el representante de la rama primogénita, vivían como ya hemos dicho, dos miembros de la rama segunda de los Médicis: Lorencito y Cosme, este último de diez y siete años de edad, e hijo de Juan de las Bandas Negras, uno de los capitanes más famosos de Italia, y respecto del cual no estará fuera de lugar que digamos dos palabras.

El mencionado Juan era hijo de otro Juan de Médicis y de Catalina, hija de Galeazzo, duque de Milán. Su padre murió siendo joven todavía, y su madre, viuda en sus más floridos años, cambió el nombre del hijo, que se llamaba Luis, en Juan, para hacer revivir en lo posible en el hijo al esposo muerto.

Sin embargo, le asaltaron tales temores por aquel hijo tan amado, que le puso los vestidos de su hija, y lo mismo que Tetis escondiera a Aquiles en la corte de Deidamio, ella lo tuvo oculto en el monasterio de Annalena.

Pero el Destino no se dejó engañar ni por la diosa ni por la mujer. Los niños estaban destinados a ser héroes y a morir jóvenes.

Cuando Juan cumplió los doce años no hubo más remedio que sacarlo del monasterio en que estaba escondido, pues sus palabras y sus ademanes desmentían cada vez más abiertamente sus vestidos.

Volvió, pues, Juan a la casa materna, e hizo sus primeras armas en Lombardía, donde siendo aún muy joven conquistó el sobrenombre de *Invencible*, gracias a lo

cual no tardó en ser nombrado capitán de la república.

Acababa de regresar de Lombardía como capitán de la Liga por el rey de Francia, cuando, cerca de Borgoforte fué herido por un falconete en una rodilla, pero tan gravemente, que fué preciso amputarle el muslo.

Como era de noche, Juan quiso sostener él mismo la antorcha para alumbrar a los cirujanos, y la sostuvo hasta que se terminó la operación sin que su mano hubiese temblado para hacer vacilar la llama. Pero, fuese que la herida era mortal, o que la operación no estuviese bien hecha es lo cierto que al día siguiente y a la edad de veintinueve años dejó de existir.

Tan hondamente amaban a Juan sus soldados, que cuando murió vistieron todos de luto con el firme propósito de no quitárselo más. De aquí viene el sobrenombre de las Bandas Negras, bajo el cual pasó aquél a la posteridad.

Su hijo Cosme no sólo había vivido apartado de la política, sino hasta de la ciudad. Habitaba en su palacio de Trebbio, donde su madre, que le adoraba, puso todo su empeño en hacer olvidar que existía.

Por otra parte, la rama segunda tenía un primogénito, Lorenzo, al cual y bajo el nombre de Lorencito, hemos presentado a nuestros lectores al principio de este relato.

Lorenzo, nacido el 23 de marzo de 1514, era hijo de Pedro Francisco de Médicis, dos veces sobrino de Lorenzo, hermano de Cosme y de María Sodarini, cuyo nombre ya hemos pronunciado anteriormente.

Al perder a su padre, que, como sucedía hacía mucho tiempo en aquella familia, murió joven, Lorenzo contaba apenas nueve años. Su primera educación estuvo, pues, al cuidado de su madre, hasta que, a los doce años, se hizo cargo del joven su tío Felipe Strozzi, bajo cuya tutela se desarrolló su singular carácter, compuesto extraño de burla y duda, inquietud y descreimiento, deseo y ambición, humildad y altivez. Hasta los diez y ocho años, sus mejores amigos no le vieron dos veces seguidas con el mismo semblante. Sin embargo, de aquel conjunto de elementos opuestos, emanaba de vez en cuando un ardiente anhelo de gloria, tanto más inesperado, cuanto que partía de un cuerpo tan endeble y femenino. Sus amigos más íntimos

no le habían visto jamás llorar ni reír, pero si oído sempiternamente murmurar y burlarse del prójimo. En tales casos, su rostro, más lleno de gracia que de hermosura, pues era moreno y melancólico, tomaba una expresión tan terrible, que, por momentánea que fuese, asustaba a los más animosos.

Lorenzo había inspirado a Clemente VII tal simpatía, que, a los quince años, el papa lo llamó a Roma. Entonces fué cuando Lorenzo ofreció a los florentinos asesinar al papa, lo cual asustó tanto a los republicanos, por venir el ofrecimiento por parte de un niño, que respondieron negativamente.

Lorenzo, al recibir esta respuesta, volvió a Florencia y empezó a hacer la corte a Alejandro con tanta destreza y humildad, que se convirtió en su amigo único y esto, mientras componía, pese a las burlas que frecuentemente le acarreaaba su obra, una tragedia sobre la vida de Bruto que había hecho representar dos veces.

Alejandro, por su parte, había puesto en Lorenzo toda su confianza, y prueba de ello era que, en todas sus intrigas galantes, le hacía tercero: cualquiera que fuese el deseo del duque, ya picase en lo más encumbrado, ya descendiese a lo más humilde, ora persiguiese a una beldad profana, ora entrase en algún santo monasterio, ya pretendiese alcanzar el amor de alguna esposa adúltera o el de una casta doncella, Lorenzo, que después del duque era el hombre más poderoso y al que más detestaba Florencia, se encargaba de emprender el asunto y llevarlo a feliz terminación.

Así, pues, nuestros lectores no se maravillarán, después de habernos seguido en esta excursión histórica, de ver juntos, al entrar con nosotros en el palacio habitado por el duque, a Alejandro de Médicis y a su favorito Lorenzo en la misma habitación.

## V

### LAS SOSPECHAS DEL «HÚNGARO»

Lorenzo habíase separado del duque la noche anterior antes de entrar en su palacio, pero, al día siguiente, en la imposibilidad de pasar más tiempo separado de su amigo envió al *Húngaro* en su busca.

Como siempre, Lorenzo se apresuró a obedecer las órdenes del duque, recomendando al mismo tiempo que, en el caso de que fuesen algunos comediantes a su casa, lo fuesen a buscar.

Por lo demás, era tanta la amistad del duque para con Lorenzo, que aquél no quiso en manera alguna que éste viviese separado de él; de modo que le hizo disponer una casa contigua al palacio, situada donde hoy lo están las caballerizas del palacio Riccardi. Es más; el duque aun quiso abrir una puerta de comunicación entre su vivienda y la de Lorenzo; pero éste se opuso rotundamente, diciendo que una vez abierta aquella comunicación, Alejandro estaría siempre en su casa, y que, por lo tanto, él no se vería nunca libre.

El duque tachó a Lorenzo de ingrato, pero acató su voluntad, como acataba todos los demás caprichos.

Lorenzo encontró al duque tirando al florete con un nuevo maestro de esgrima que había hecho venir de Nápoles.

El talento de su nuevo profesor tenía a Alejandro loco de contento, y como Lorencito, cuando se llamaba Lorenzo, tenía bastante buena reputación en tales ejercicios, aquél se empeñó en ponerle el florete en la mano.

—No—dijo Lorenzo,—esos ejercicios me fatigan.

Y recostándose en un canapé, mandó que le trajeran bizcochos y una botella de vino de España, los que fué comiendo rociándolos con pequeños sorbos de vino, mientras aplaudía o criticaba las estocadas como peritísimo en el arte que él había dejado de ejercer.

Cuando la lección hubo terminado, el duque despidió a su nuevo maestro y se acercó a Lorenzo, el cual se divertía taladrando zequíes de oro con un puñalito de mujer, agudo y afilado, y cuyo temple superior le permitía ensayar su destreza, y aun diríamos su fuerza, si no resultase ridícula esta palabra aplicada a un hombre tan enervado como Lorenzo, en dos o tres piezas superpuestas.

—¿Qué es lo que estás haciendo?—le preguntó el duque después de un momento de contemplación.

—Ya lo ve Vuestra Alteza: como vos, estoy manejando las armas.

—¡Cómo! ¿Las armas?

—En efecto, éstas son mis armas; este puñalito es mi